



Daniel Jerez Torns

El Faraón y el prevencionista

DANIEL JEREZ TORNS

EL FARAÓN Y EL PREVENCIONISTA

Titulo: El Faraón y el Prevencionista

Autor: Daniel Jerez Torns

Año: 2011

Obra registrada en SafeCreative: 1108089824414

Derechos de SafeCreative asociados:

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido Copiar, distribuir, Comunicar públicamente la obra y
Hacer obras derivadas sin el consentimiento del autor

El sol, el dios Ra, reinaba en el cielo con fuerza e intensidad. Las lluvias habían sido generosas, provocando una importante crecida del Nilo. El Faraón estaba contento pues podrían subir los impuestos. Cuando el río Nilo aumentaba su caudal, las cosechas eran mejores y mayores, por tanto los impuestos también aumentaban.

El Faraón se sentó en su trono para descansar del día tan agotador que había tenido revisando cada detalle de su magnífica obra. Por suerte los conflictos con los asirios se habían reducido y ahora tenían pocas batallas que afrontar. Con los pies estirados y la cabeza hacia atrás, el Faraón se relajaba. Un guardia entró de repente rompiendo su tranquilidad.

- Señor, tiene una visita.

- Ah, sí. Por fin ha venido el sacerdote. Hazlo pasar.

El guardia no se movió y una gotas de sudor empezaron a resbalar por su frente al tiempo que miraba de soslayo a los otros guardias buscando alguna ayuda. El Faraón, que había cerrado de nuevo los ojos, al no oír los pasos del guardia, se incorporó.

- ¿Qué ocurre?

- Señor, no es el sacerdote.

- ¿Y quién es?

- Dice que es prevencionista

- ¿Prevencionista? ¿Qué es esto? ¿Acaso es un brujo? Déjale pasar, pero que esté preparada la guardia de asalto y que venga el sacerdote con sus pócimas.

El guardia se marchó corriendo y al cabo de un rato volvió acompañado de un hombre vestido con una túnica sencilla. Llevaba

en la mano un pergamino en el que iba anotando cosas. Colgada del hombro tenía una bolsa de piel de cordero. Mientras tanto, tras las columnas, se habían colocado los soldados que a la mínima señal atacarían a aquel extraño personaje.

- Y bien, preséntate y expone tu petición.

- Faraón Empresarioteth I, soy Jahi, un humilde ciudadano de tu imperio y trabajo como prevencionista.

- ¿Qué es eso de prevencionista? ¡Explícate! – El Faraón Empresarioteth I elevó lo máximo que pudo la voz para imponer su autoridad ante aquel hombre.

- Verás Faraón, me dedico a prevenir los riesgos relacionados con el trabajo, vamos a evitar los accidentes de trabajo. Resulta que estos días he estado en la explanada norte y he visto la obra que estás creando. La pirámide.

- Sí. La pirámide. – El Faraón esbozó una gran sonrisa de orgullo.

- Verá, ahora mismo hay 670 obreros en la obra y es necesario que todo siga la normativa de prevención de riesgos laborales. Tiene que realizar la evaluación de riesgos y planificar las medidas preventivas y correctoras...

- Pero qué riesgos ni que narices.

- Señor, ¿Cuántos obreros se lastiman en la obra de forma diaria?

- Muchos, pero es normal.

- No, no lo es. Tiene que crear unas condiciones seguras para los obreros. Por ejemplo, están trabajando a pleno sol, ¿ha tenido en cuenta protecciones para los rayos solares y para que no sufran golpes de calor?

- Pues no.

- Ve. Luego, los trineos, los carros, las herramientas, las poleas, ¿cumplen con las medidas de seguridad de maquinaria? ¿Están protegidas? ¿Son seguras?

- Pues no lo sé.

- Déjeme una semana y evitaré que tenga que buscar nuevos obreros por culpa de accidentes en la obra.

El Faraón miró a su alrededor y vio en una esquina el sacerdote, el cual asintió con la cabeza para darle a entender que no había ningún peligro con aquel hombrecillo.

Pasó una semana y el Faraón, tras encargarse de tareas diplomáticas, decidió inspeccionar las obras de su pirámide. Empresarioteth I quedó petrificado al ver que las obras se habían ralentizado mucho. Preguntó al supervisor que le explicara que estaba ocurriendo.

- Señor, es por el prevencionista

- ¿Por el Prevencionista? ¿Por qué?

- Ha marcado las horas en las que podemos trabajar, para evitar las de mayor exposición al Dios Ra y evitar que su furia nos afecte. También ha establecido pausas cada hora de trabajo. Nos ha prohibido manipular cargas que pesen más de 25 kilos, por tanto nada de estirar los bloques de piedra, hay que utilizar maquinarias y éstas, claro está, debemos pasarles unas pruebas. ¡Ah! Se me olvidaba. También tuvimos que esperar a que llegaran unos cascos para proteger la cabeza y como no teníamos, el ejército nos ha dejado los suyos.

El Faraón escuchaba con la boca abierta todas aquellas explicaciones. No podía dar crédito a lo que oía. Con paso firme se dirigió al campamento de operaciones para buscar a ese prevencionista. Al entrar lo vio sentado en una silla y escribiendo algo en un pergamino.

- ¡Tú! ¿Se puede saber que estás haciendo con mi pirámide?

- Señor, todo es por el bien de la obra. Los accidentes han bajado en un 60%. Y además evitaremos inspecciones que nos puedan sancionar.

- ¡Pero que sanciones ni que carajo! Soy el Faraón, si alguien me sanciona lo envío a los cocodrilos. ¿Qué estas escribiendo?

- Estoy elaborando la evaluación de riesgos. Por cierto, la semana que viene todos los obreros pasarán los reconocimientos médicos.

- ¡Qué! ¡Estás de cachondeo!

- No, es muy importante que todos lo pasen para saber si hay alguien que tenga algún problema para trabajar. Y habrá que hacer un simulacro de incendios.

El Faraón dio media vuelta y se fue a buscar al sacerdote. Su enfado iba en aumento a cada paso. Aquel hombrecillo le estaba paralizando la construcción de su pirámide y eso no podía ser. Estaba claro que los dioses le estaban castigando por algo y que aquel ser estaba usando magias ocultas.

Entró en el templo y pidió que viniera al momento el sacerdote. Rápidamente apareció este con unos extraños guantes en las manos.

- Sacerdote, necesito que invoques a los dioses para contrarrestar el hechizo del Previsionista.

- Señor, eso no va ser imposible.

- ¿Imposible? ¿Por qué?

- Resulta que el Previsionista analizó mis sustancias y muchas son peligrosas para la piel o las mezclas pueden ocasionar lesiones respiratorias, así que ya no puedo hacer pócimas potentes.

- Pero, pero... ¡qué es todo esto! ¿Y eso que llevas en las manos?

- Son unos guantes de protección para no lesionarme. También tengo una mascarilla.

El Faraón, indignado, llamó a gritos a su consejero. El consejero, un hombre delgado, calvo, no por lo adulto que era sino por soportar día tras día los malos humores del Faraón, ya que éste solo lo reclamaba para volcar todo su enfado durante el día, apareció con paso lento.

- ¡Consejero! ¡Llama a la guardia y que preparen una ejecución!

- Señor, señor... le debo pedir que a partir de ahora no alce tanto la voz para hablarme, pues mi evaluación psicosocial ha dado niveles

altos de estrés y ansiedad. Mis relaciones con los superiores deben ser más fluidas y comunicativas.

El Faraón, con los ojos tan abiertos que parecían dos cabezas de esfinge, sentía que el corazón le palpitaba cada vez más rápido. Justo en aquel momento, un obrero entró en la sala.

- Señor, hijo del Dios Ra, deseamos que nos firme este documento.
- ¿Qué eso?
- Hemos constituido un comité de seguridad y salud y necesitamos que lo apruebe.
- ¿Un qué? ¿Qué es eso?
- Se trata de un organismo que nos representa a los obreros y vigilará que se cumplan las normas de seguridad en la obra.
- ¡Que me traigan al Prevencionista!

El Faraón miraba con odio al prevencionista, que cada vez llevaba más pergaminos encima: procedimientos, listados de formación, instrucciones de trabajo, planificaciones,...

- ¿Quiere el señor que construyamos otra biblioteca de Alejandría para sus malditos pergaminos?
- Bueno, tanto no, pero sí que necesitaría un lugar para guardar todo esto. Y si pudiera ser con difícil acceso mejor, por el tema de protección de datos.
- ¡Por Osiris! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Ahora mismo te voy a cortar la cabeza y la expondré en la entrada a Egipto para que todos los de tu especie, los prevencionistas, pillen el mensaje. ¡Guardias!

Cuatro guardias musculados aparecieron rápidamente a la llamada del Faraón.

- Apresadlo y cortadle la cabeza.
- Señor, no podemos. Ahora llevamos porras en lugar de espadas ya que al llevarlas en el cinturón nos hacíamos cortes en las piernas y gracias al prevencionista ahora ya no tenemos problemas. Cambiamos las espadas por porras.

- ¡Esto no puede estar pasándome a mí! – El Faraón se tapaba la cara con las manos.

- Señor, mire el lado positivo, – le interrumpió el prevencionista – estamos recibiendo cada día solicitudes de obreros para ingresar aquí que abandonan otras obras porque aquí se sienten más seguros.

Como si el mismo dios Ra le hubiera atravesado con un rayo, el Faraón se quedó paralizado. Miró atentamente aquel hombre que tantos problemas le había ocasionado.

- ¿Es eso cierto?

- Sí, Señor. Por lo que sé, nuestros vecinos Nubios del sur han tenido que parar la construcción de algunos templos por falta de mano de obra, que justamente han venido aquí. Si seguimos aumentando la plantilla, seguramente finalizaremos antes de lo previsto la pirámide.

- ¿Cómo?

- Así es.

El Faraón no daba crédito a lo que oía. Según había visto la pirámide no había avanzado mucho, pero según le decía aquel hombre, con los obreros que llegaban se podía acabar antes.

- Además está el factor de satisfacción. Resulta que la gente está más a gusto y si ven que se han de quedar una hora más, no les importa.

- Vaya, vaya. Bueno, parece que no me vas a ir tan mal. ¿Qué más se ha de hacer? – ahora el tono del Faraón era más sosegado, amable.

El prevencionista empezó a buscar pergaminos, los desenrollaba, leía atento y los desechaba. Buscaba algo en concreto que no encontraba. Finalmente, dio con ello.

- ¡Aquí está! Señor, estos son los planos de la pirámide. Es necesario hacer una salida de emergencia.

- Pero... es una pirámide para enterrarme a mí y todos mis tesoros. No...no puedo hacerla, sería muy fácil entrar.

- ¿Y si hay un incendio?

- Ay, está bien, está bien. Si quieres ya ponemos unas señales para indicar el camino y todo para que me roben más fácilmente.

- ¡Anda! Que buena idea. Pondremos unas señales de flechas junto a figuras de hombres corriendo para indicar que es el recorrido de evacuación.

El Faraón suspiró.

Así fue como los arqueólogos encontraron esa extraña pirámide con unos pasillos bien pulidos con una puerta que se abría desde el interior. En la cámara funeraria no encontraron ningún tesoro del Faraón, ya que los ladrones tuvieron muchas facilidades para salir con dicho pasadizo. Sin embargo, encontraron un sarcófago con una momia bien conservada junto la del Faraón correspondiente a un hombre sin identificar. Junto al sarcófago había multitud de pergaminos, cascos y guantes. Lo que todavía no habían descifrado de los jeroglíficos eran esos extraños dibujos de hombres corriendo con flechas. Circulaba la hipótesis de que hiciesen referencia a alguna guerra importante de Empresarioteth I, sin embargo no estaba muy claro ya que durante su periodo no había habido conflictos, aunque este Faraón fue conocido como "el que nos protege". Se desconoce de qué ni de quiénes.



Relato corto de 7 páginas en el que el Faraón Empresarioteth I recibe la visita inesperada de un prevencionista para aconsejarle sobre las obras de la piramide.